

La Liturgia y la Piedad Popular

Jorge Solórzano Pérez*

Sumario

Después de clarificar los términos *Liturgia*, *Piedad Popular* y *Religiosidad Popular*, Mons. Jorge Solórzano presenta la relación que se ha dado entre Liturgia y Piedad Popular a lo largo de la historia de la Iglesia.

A través de un recorrido por diversos documentos, particularmente por los documentos de las cinco Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, el autor hace evidente la recepción que ha tenido en América Latina el tema que se ha propuesto.

Palabras clave: Liturgia, Religiosidad Popular, Piedad Popular, América Latina.

* Obispo de Granada, Nicaragua. Miembro de la Comisión Episcopal del Departamento de Misión y Espiritualidad del CELAM. odg@turbonett.com.ni



Liturgy and Popular Piety

Abstract

Bishop Jorge Solórzano clarifies the terms popular piety and popular religiosity and presents the relationship between liturgy and popular piety throughout the history of the Church.

He trawls through various documents, especially the five General Conferences of the Latin American Bishops and shows how the theme has been received in Latin America.

Key words: Liturgy, Popular Religiosity, Popular Piety, Latin America.

I. Introducción

Desde que el hombre aparece como hombre aparece como ser religioso, que celebra y abre al misterio con estupor y admiración: “El fresco de la capilla Sixtina en el que Miguel Ángel representa la creación de Adán, es quizás una de las mejores expresiones artísticas de esta fuente de reflexión antropológica: el espacio existente entre el dedo de Dios y el de Adán es el centro invisible de todo el cuadro, esa grandeza misteriosa que convierte al hombre en un ser humano”¹.

Es propio del ser humano celebrar y no “existe nada humano que no haya sido asumido en la encarnación del Verbo y el misterio del hombre se esclarece en el misterio del Verbo encarnado, quien le descubre al hombre la grandeza de su vocación”². Es por esto que nace una profunda relación entre la liturgia y la piedad popular.

La inmensa mayoría de especialistas coincide que es mejor dar nociones de lo que es liturgia en vez de intentar definirla, dado que “desde el comienzo del movimiento litúrgico hasta nuestros días se han propuesto más de treinta definiciones de liturgia y todavía no existe una que sea admitida unánimemente. Sin embargo, todos los autores, admiten que el concepto de liturgia incluye, al menos, los siguientes elementos: la presencia de Cristo Sacerdote, la acción de la Iglesia y del Espíritu Santo, la historia de la salvación continuada y actualizada a través de signos eficaces, y la santificación y el culto. La liturgia no se puede definir por ser trascendental”³.

¹ JOSEPH GEVAERT, *El Problema del Hombre, Introducción a la antropología filosófica*, SÍGUEME, SALAMANCA, 2003, Decimotercera Edición, p.14.

² CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dogmática Gaudium et Spes*, n. 22. BAC, Madrid, Tercera Edición, 1993, p.340.

³ J.A. ABAD - M. GUARRIDO BONAÑO, *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*, PALABRA, Madrid, 1997, Segunda Edición, P.17



La *noción de liturgia* que recoge el consenso de los documentos del magisterio y de los especialistas en apretada síntesis, puede condensarse de la siguiente manera: “La «acción» sacerdotal de Jesucristo, continuada en y por la Iglesia bajo la acción del Espíritu Santo, por medio de la cual actualiza su vida salvífica a través de signos eficaces, dando así culto perfectísimo a Dios y comunicando a los hombres la salvación”⁴.

En el centro de esta noción se encuentra el hombre, no como sujeto pasivo sino como sujeto activo. “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (I Tim 2,4)” La reforma Conciliar lo dejó claro: “Por esta razón, así como Cristo fue enviado por el Padre, Él, a su vez, envié a los Apóstoles llenos del Espíritu Santo. No sólo los envié a predicar el Evangelio a toda criatura y a anunciar que el Hijo de Dios, con su Muerte y Resurrección, nos libró del poder de Satanás y de la muerte, y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban, mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica”⁵. “Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. (...) En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia”⁶. De vital importancia es la afirmación de los padres conciliares: “La sagrada Liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, pues para que los hombres puedan llegar a la Liturgia es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión:

“¿Cómo invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿O cómo creerán en El sin haber oído de Él? ¿Y cómo oirán si nadie les predica? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?” (Rom., 10,14-15)”⁷.

El Beato Juan Pablo II de forma clara afirmó: “La Liturgia y la vida son realidades inseparables. (...) Una Liturgia que no tuviera un reflejo

⁴ Ibid., 17

⁵ CONCILIO VATICANO II, Constitución Sacrosanctum Concilium, n. 6. BAC, Madrid, Tercera Edición, 1993, p. 219.

⁶ Ibid., n.7. p. 221.

⁷ Ibid., n.9. p. 223.



en la vida, se tornaría vacía y, ciertamente, no sería agradable a Dios. La celebración litúrgica es un acto de la virtud de la religión que, coherentemente con su naturaleza, debe caracterizarse por un profundo sentido de lo sagrado. En ella, el hombre y la comunidad han de ser conscientes de encontrarse, en forma especial, ante Aquel que es tres veces santo y trascendente. Por eso, la actitud apropiada no puede ser otra que una actitud impregnada de reverencia y sentido de estupor, que brota del saberse en la presencia de la majestad de Dios⁸. Es en esa vida donde el hombre que busca adorar y glorificar a Dios a través de símbolos y signos, que se encuentran en las acciones y celebraciones litúrgicas, pero también en las diversas formas de religiosidad popular: “La religiosidad popular constituye una expresión de la fe, que se vale de los elementos culturales de un determinado ambiente, interpretando e interpelando la sensibilidad de los participantes, de manera viva y eficaz.

La religiosidad popular, que se expresa de formas diversas y diferenciadas, tiene como fuente, cuando es genuina, la fe y debe ser, por lo tanto, apreciada y favorecida. En sus manifestaciones más auténticas, no se contraponen a la centralidad de la Sagrada Liturgia, sino que, favoreciendo la fe del pueblo, que la considera como propia y natural expresión religiosa, predispone a la celebración de los Sagrados misterios⁹. Estas semillas del verbo, están presentes en “la piedad popular, en el alma de nuestros pueblos y son valores de evangelización”¹⁰.

II. La Piedad Popular y la Religiosidad Popular: ¿Iguales o distintas? ¿Cercanas o distantes?

Para poder entrar en terreno firme y aguas claras, debemos partir de la clarificación de los términos. Los autores suelen utilizarlos de forma indistinta o entrelazarlos según deseen, para fundamentar una afirmación que intentan sustentar. El camino seguro es seguir el magisterio de la Iglesia. El Directorio para la Piedad Popular y la Liturgia, clarifica los términos, y vale la pena tenerlo presente:

⁸ Juan Pablo II, *Mensaje de Su Santidad JUAN PABLO II a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos*, 21.11.01.nn.2.3

⁹ *Ibid.*,n.4

¹⁰ III CONFERENCIAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, PUEBLA, Trípode, Caracas, 1979, Sexta Edición, P.180,n.895



- ***Piedad Popular***

«El término “piedad popular”, designa aquí las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas del genio de un pueblo o de una etnia y de su cultura.

La piedad popular, considerada justamente como un “verdadero tesoro del pueblo de Dios”, “manifiesta una sed de Dios que sólo los sencillos y los pobres pueden conocer; vuelve capaces de generosidad y de sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; comporta un sentimiento vivo de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante; genera actitudes interiores, raramente observadas en otros lugares, en el mismo grado: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apretura a los demás, devoción”¹¹.

- ***Religiosidad Popular***

«La realidad indicada con la palabra “religiosidad popular”, se refiere a una experiencia universal: en el corazón de toda persona, como en la cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, está siempre presente una dimensión religiosa. Todo pueblo, de hecho, tiende a expresar su visión total de la trascendencia y su concepción de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, a través de mediaciones culturales, en una síntesis característica, de gran significado humano y espiritual.

La religiosidad popular no tiene relación, necesariamente, con la revelación cristiana. Pero en muchas regiones, expresándose en una sociedad impregnada de diversas formas de elementos cristianos, da lugar a una especie de “catolicismo popular”, en el cual coexisten, más o menos armónicamente, elementos provenientes del sentido religioso de la vida, de la cultura propia de un pueblo, de la revelación cristiana»¹².

¹¹ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia, Principios y Orientaciones, Editorial Vaticana 2002, n.9.

¹² Ibid, n,10.



Como vemos la diferencia entre la Religiosidad Popular y Piedad Popular es sutil. La primera es más “universal” en el sentido que es un «fenómeno inherente al ser humano» y estará presente como un «hecho» donde exista un hombre. La Piedad Popular está más focalizada al ámbito de la fe que se manifiesta y expresa, una fe sencilla en el corazón de nuestros pueblos cristianos, que expresan su fe en el Señor, de forma sencilla. Desde esta perspectiva Religiosidad Popular y Piedad Popular son distintas pero no tan distantes, pues ambas brotan de un mismo sujeto religioso. Pero la Piedad Popular tiene su especificidad en la «fe cristiana».

III. Tensión entre liturgia y piedad popular

Sin querer ser simplista y minimizar una realidad desafiante y cambiante que necesita ser «continuamente evangelizada»¹³, creo que la aplicación concreta de la reforma litúrgica propuesta por el Concilio Vaticano II encuentra aún hoy un ambiente desfavorable, como intuyera el Beato Juan Pablo II: «una tendencia a privatizar el ámbito religioso, por un cierto rechazo de toda institución, por una menor presencia visible de la Iglesia en la sociedad, por un cuestionar la fe personal»¹⁴, entre otros. Y hay dos grupos predominantes cuando se trata de ver y analizar las relaciones entre la liturgia y la piedad popular:

- a- Los extremistas: que dicen que hay una dicotomía entre liturgia que es la acción sagrada y celebración del Cristo total, «cabeza y miembros», de la Iglesia; mientras que la piedad popular es la celebración del pueblo, plagados de elementos animistas y mágicos, supersticiosos y hasta paganos, que hay que rechazar. Desde esta perspectiva habría una dicotomía entre liturgia y piedad popular.
- b- Los moderados e integristas: quienes ven ciertamente en la liturgia de la Iglesia la plenitud de la celebración del Cristo total, a la que deben ser conducidos todos los hombres y que ven en la piedad popular valiosos elementos de fe que preparan el camino para una fe madura y plena. Desde aquí se ve una tensión entre

¹³ Juan Pablo II, Carta Apostólica Vicesimus Quintus Annus, Editorial Vaticana, 1988, n.18

¹⁴ Ibid., n.11



la liturgia y la piedad popular y la religiosidad popular, pero esa «tensión» es benéfica pues exige la mirada atenta de los pastores, el discernimiento y acompañamiento continuo de los pastores de la Iglesia.

La Introducción del Directorio sobre la Piedad Popular inicia describiendo la línea crítica de la postura más dura o extremista cuando dice: “Después de la renovación conciliar, la situación de la piedad popular cristiana se presenta variada, según los países y las tradiciones locales. Se aprecian diversos modos de presentarse, a veces en contraste, como: abandono manifiesto y rápido de formas de piedad heredadas del pasado, dejando vacíos no siempre colmados; aferrarse a modos imperfectos o equivocados de devoción, que alejan de la genuina revelación bíblica y chocan con la economía sacramental; críticas injustificadas a la piedad del pueblo sencillo, en nombre de una presunta “pureza” de la fe; exigencia de salvaguardar la riqueza de la piedad popular, expresión del sentir profundo y maduro de los creyentes en un determinado lugar y tiempo; necesidad de purificar de los equívocos y de los peligros de sincretismo; renovada vitalidad de la religiosidad popular como resistencia y reacción a una cultura tecnológica-pragmática y al utilitarismo económico; caída de interés por la piedad popular, provocada por ideologías secularizadas y por las agresiones de “sectas” hostiles a ella”¹⁵.

Pero después de hacer este señalamiento el mismo Directorio presenta la postura moderada y que recoge el espíritu de los padres conciliares y de las conferencias del episcopado latinoamericano: “la piedad popular no puede ser ni ignorada ni tratada con indiferencia o desprecio, porque es rica en valores, y ya de por sí expresa la actitud religiosa ante Dios; pero tiene necesidad de ser continuamente evangelizada, para que la fe que expresa, llegue a ser un acto cada vez más maduro y auténtico. Tanto los ejercicios de piedad del pueblo cristiano, como otras formas de devoción, son acogidos y recomendados, siempre que no sustituyan y no se mezclen con las celebraciones litúrgicas. Una auténtica pastoral litúrgica sabrá apoyarse en las riquezas

¹⁵ CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia, Principios y Orientaciones, Editorial, Vaticana 2002,n.1

de la piedad popular, purificarla y orientarla hacia la Liturgia, como una ofrenda de los pueblos”¹⁶.

De lo dicho anterior mente yo prefiero hablar de tensión que presenta desafíos continuos a los pastores de la Iglesia entre Piedad Popular y la Liturgia y no de dicotomía. Estas tensiones existen y sería ingenuo negarlo. Hay todo un camino para ver las relaciones de continuidad o discontinuidad entre ambas realidades.

IV. Relaciones en la historia entre la Liturgia y la Piedad Popular

El Directorio para la Piedad Popular y la liturgia aborda en el capítulo I en las líneas emergentes, de los números 22 al 59 el recorrido histórico entre las relaciones que existen entre Liturgia y Piedad Popular. Intentaré hacer una síntesis para tener una visualización que nos muestre el itinerario histórico de la relación a veces más o menos tensa entre ambas realidades.

a. Siglo I-III

«En la época apostólica y post apostólica se encuentra una profunda fusión entre las expresiones culturales que hoy llamamos, respectivamente, Liturgia y Piedad Popular. Para las más antiguas comunidades cristianas, la única realidad que contaba era Cristo (cf. Col 2, 16), sus palabras de vida (cf. Jn 6, 63), su mandamiento de amor mutuo (cf. Jn 13, 34), las acciones rituales que él ha mandado realizar en memoria suya (cf. 1 Cor 11, 24-26). Todo el resto – días y meses, estaciones y años, fiestas y novilunios, alimentos y bebidas ... (cf. Gal 4, 10; Col 2, 16-19) – es secundario.

En la primitiva generación cristiana se pueden ya individuar los signos de una piedad personal, proveniente en primer lugar de la tradición judaica, como el seguir las recomendaciones y el ejemplo de Jesús y de San Pablo sobre la oración incesante (cf. Lc 18, 1; Rm 12, 12; 1 Tes 5, 17), recibiendo o iniciando cada cosa con una acción de gracias (cf. 1 Cor 10, 31; 1 Tes 2, 13; Col 3, 17).

¹⁶ Ibid., n.2



Desde el siglo II, se observa que formas y expresiones de la piedad popular, sean de origen judaico, sean de matriz greco-romana, o de otras culturas, confluyen espontáneamente en la Liturgia. Se ha subrayado, por ejemplo, que en el documento conocido como Traditio apostólica no son infrecuentes los elementos de raíz popular.

Así también, en el culto de los mártires, de notable relevancia en las Iglesias locales, se pueden encontrar restos de usos populares relativos al recuerdo de los difuntos. Trazas de piedad popular se notan también en algunas primitivas expresiones de veneración a la Bienaventurada Virgen, entre las que se recuerda la oración *Sub tuum praesidium* y la iconografía mariana de las catacumbas de Priscila, en Roma.

La Iglesia, por lo tanto, aunque rigurosa en cuanto se refiere a las condiciones interiores y a los requisitos ambientales para una digna celebración de los divinos misterios (cf. 1 Cor 11, 17-32), no duda en incorporar ella misma, en los ritos litúrgicos, formas y expresiones de la piedad individual, doméstica y comunitaria.

En esta época, Liturgia y piedad popular no se contraponen ni conceptualmente ni pastoralmente: concurren armónicamente a la celebración del único misterio de Cristo, unitariamente considerado, y al sostenimiento de la vida sobrenatural y ética de los discípulos del Señor»¹⁷.

b. Siglos IV-VIII

«En los siglos IV-V se hace más notable el sentido de lo sagrado, referido al tiempo y a los lugares. Para el primero, las Iglesias locales, además de señalar los datos neotestamentarios relativos al “día del Señor”, a las festividades pascales, a los tiempos de ayuno (cf. Mc 2, 18-22), establecen días particulares para celebrar algunos misterios salvíficos de Cristo, como la Epifanía, la Navidad, la Ascensión; para honrar la memoria de los mártires en su dies natalis; para recordar el tránsito de sus Pastores, en el aniversario del dies depositionis; para celebrar algunos sacramentos o asumir compromisos de vida solemnes.

¹⁷ Ibid., n.24



En esta época, madura el proceso de formación y la diferenciación consiguiente de las diversas familias litúrgicas. Las Iglesias metropolitanas más importantes, por motivos de lengua, tradición teológica, sensibilidad espiritual y contexto social, celebran el único culto del Señor según las propias modalidades culturales y populares. Esto conduce progresivamente a la creación de sistemas litúrgicos dotados de un estilo celebrativo particular y un conjunto propio de textos y ritos. No carece de interés el poner de manifiesto que en la formación de los ritos litúrgicos, también en los periodos reconocidos como de su máximo esplendor, los elementos populares no son algo extraño.

Por otra parte, los Obispos y los Sínodos regionales intervienen en la organización del culto estableciendo normas, velando sobre la corrección doctrinal de los textos y sobre su belleza formal, valorando la estructura de los ritos. Estas intervenciones dan lugar a la instauración de un régimen litúrgico con formas fijas, en el cual se reduce la creatividad original, que sin embargo no era arbitrariedad. En esto, algunos expertos encuentran una de las causas de la futura proliferación de textos para la piedad privada y popular.

Se suele señalar el pontificado de San Gregorio Magno (590-604), pastor y liturgista insigne, como punto de referencia ejemplar de una relación fecunda entre Liturgia y piedad popular. Este Pontífice desarrolla una intensa actividad litúrgica, para ofrecer al pueblo romano, mediante la organización de procesiones, estaciones y rogativas, unas estructuras que respondan a la sensibilidad popular, y que al mismo tiempo estén claramente en el ámbito de la celebración de los misterios divinos; da sabias directrices para que la conversión de los nuevos pueblos al Evangelio no se realice con perjuicio de sus tradiciones culturales, de manera que la misma Liturgia se vea enriquecida con nuevas y legítimas expresiones culturales; armoniza las nobles expresiones del genio artístico con las expresiones más humildes de la sensibilidad popular; asegura el sentido unitario del culto cristiano, al cimentarlo sólidamente en la celebración de la Pascua, aunque los diversos eventos del único misterio salvífico – como la Navidad, la Epifanía, la Ascensión...-se celebren de manera particular y se desarrollen las memorias de los Santos»¹⁸.

¹⁸ Ibid., NN.25-33



c. Edad Media

La Edad Media conoce una serie de cambios que desarrollan la vida de la Iglesia, nacen las ordenes mendicantes, se desarrolla la vida monástica, se erigen capillas que tienen sus santos patronos, en el modelo de una «societas christiana, conforma algunas de sus estructuras según los usos eclesiales, y a veces amolda los ritmos de la vida a los ritmos litúrgicos; por lo cual, por ejemplo, el toque de las campanas por la tarde es al mismo tiempo, un aviso a los ciudadanos para que regresen de las labores del campo a la ciudad y una invitación para que saluden a la Virgen»¹⁹.

«A esto se organizan representaciones sagradas que tienen por objetos las principales celebraciones del año litúrgico, se suma el nacimiento de la poesía en lengua vernácula que favorece la participación de los fieles al ser incorporadas en las celebraciones populares; aparecen diversas formas devocionales como la adoración eucarística; se incrementa el culto a la Virgen y los Santos, las peregrinaciones; se multiplican los ritos de bendición». «En la Edad Media, la relación entre Liturgia y piedad popular es constante y compleja. En dicha época se puede notar un doble movimiento: la Liturgia inspira y fecunda expresiones de la piedad popular; a la inversa, formas de la piedad popular se reciben e integran en la Liturgia»²⁰.

d. La Época Moderna

«En sus orígenes motivada por la devotio moderna se da preponderancia al cultivo de la vida interior, sin una preocupación estricta por la liturgia en sí misma. Luego en los siglos XVI y XVII con el descubrimiento de América, África y Extremo Oriente, el esfuerzo de los misioneros La labor de evangelización y de catequesis en países lejanos del centro cultural y cultural del rito romano se realiza mediante el anuncio de la Palabra y la celebración de los sacramentos (cfr. Mt 28,19), pero también mediante ejercicios de piedad propagados por los misioneros.

¹⁹ Ibid., n.31

²⁰ Ibid., n.33



Así pues, los ejercicios de piedad se convierten en un medio para transmitir el mensaje evangélico, y, posteriormente, para conservar la fe cristiana. Debido a las normas que tutelaban la Liturgia romana, parece que fue escaso el influjo recíproco entre la Liturgia y la cultura autóctona. Siempre hubo en el siglo XVI personas como los monjes camaldulenses Pablo Justiniani y Pedro Querini, autores de un *Libellus ad Leonem X* que buscaron fomentar la auténtica vida litúrgica en el pueblo, los clérigos y religiosos. Pero después del Concilio Lateranense V, hubo que enfrentar la crisis de la reforma protestante. El Concilio de Trento debió enfrentar la crisis pastoral y doctrinal, y eligió el camino de enfrentar los errores para salvaguardar la fe. En esto se emanaron normas que condenaban errores y custodiaban la fe recibida y enseñada y desde luego celebrada»²¹.

«De la reforma realizada después del Concilio de Trento se siguieron múltiples beneficios para la Liturgia: se recondujeron a la “antigua norma de los Santos Padres”, aunque con las limitaciones de los conocimientos científicos de la época, no pocos ritos; se eliminaron elementos y añadidos extraños a la Liturgia, demasiado ligados a la sensibilidad popular; se controló el contenido doctrinal de los textos, de manera que reflejaran la pureza de la fe; se consiguió una notable unidad ritual en el ámbito de la Liturgia romana, que adquirió nuevamente dignidad y belleza.

Sin embargo se produjeron también, indirectamente, algunas consecuencias negativas: la Liturgia adquirió, al menos en apariencia, una rigidez que derivaba más de la ordenación de las rúbricas que de su misma naturaleza; y en su sujeto agente parecía algo casi exclusivamente jerárquico; esto reforzó el dualismo que ya existía entre Liturgia y piedad popular»²².

«En la época postridentina la relación entre Liturgia y piedad popular adquiere nuevas connotaciones: la Liturgia entra en un periodo de uniformidad sustancial y de un carácter estático persistente; frente a ella, la piedad popular experimenta un desarrollo extraordinario.

²¹ Ibid., nn. 35-39

²² Ibid., n. 40



Dentro de unos límites, determinados por la necesidad de evitar la aparición de formas exageradas o fantasiosas, la Reforma católica favoreció la creación y difusión de los ejercicios de piedad, que resultaron un medio importante para la defensa de la fe católica y para alimentar la piedad de los fieles. Se puede citar, por ejemplo, el desarrollo de las cofradías dedicadas a los misterios de la Pasión del Señor, a la Virgen María y a los Santos, que tenían como triple finalidad la penitencia, la formación de los laicos y las obras de caridad. Esta piedad popular propició la creación de bellísimas imágenes, llenas de sentimiento, cuya contemplación continúa nutriendo la fe y la experiencia religiosa de los fieles.

Las “misiones populares”, surgidas en esta época, contribuyen también a la difusión de los ejercicios de piedad. En ellas, Liturgia y piedad popular coexisten, aunque con cierto desequilibrio»²³.

En la Ilustración «se acentúa la separación entre la “religión de los doctos”, potencialmente cercana a la Liturgia, y la “religión de los sencillos”, cercana por naturaleza a la piedad popular. De hecho, doctos y pueblo se reúnen en las mismas prácticas religiosas. Sin embargo los “doctos” apoyan una práctica religiosa iluminada por la inteligencia y el saber, y desprecian la piedad popular que, a sus ojos, se alimenta de la superstición y del fanatismo. La Iglesia dirige su atención a la piedad popular en muchos sectores de su actividad pastoral. De hecho, se intensifica la acción apostólica que procura, en una cierta medida, la mutua integración de Liturgia y piedad popular. Así, por ejemplo, la predicación se desarrolla especialmente en determinados tiempos litúrgicos, como la Cuaresma y el domingo, en los que tiene lugar la catequesis de adultos, y procura conseguir la conversión del espíritu y de las costumbres de los fieles, acercarlos al sacramento de la reconciliación, hacerles volver a la Misa dominical, enseñarles el valor del sacramento de la Unción de enfermos y del Viático.

La piedad popular, como en el pasado había sido eficaz para contener los efectos negativos del movimiento protestante, resulta ahora útil para contrarrestar la propaganda corrosiva del racionalismo y, dentro de la Iglesia, las consecuencias nocivas del Jansenismo. Por

²³ Ibid., n. 41

este esfuerzo y por el ulterior desarrollo de las misiones populares, se enriquece la piedad popular: se subrayan de modo nuevo algunos aspectos del Misterio cristiano, como por ejemplo, el Corazón de Cristo, y nuevos “días” polarizan la atención de los fieles, como por ejemplo, los nueve “primeros viernes” de mes»²⁴.

«En el siglo XVIII, en los territorios de misión, la relación entre Liturgia y piedad popular se plantea en términos similares, pero más acentuados que en los siglos XVI y XVII:

- La Liturgia mantiene intacta su fisonomía romana, porque, en parte por temor de consecuencias negativas para la fe, no se plantea casi el problema de la enculturación – hay que mencionar los meritorios esfuerzos de Mateo Ricci con la cuestión de los Ritos chinos, y de Roberto De’ Nobili con los Ritos hindúes-, y por esto, al menos en parte, se consideró esta Liturgia extraña a la cultura autóctona;
- La piedad popular por una parte corre el riesgo de caer en el sincretismo religioso, especialmente donde la evangelización no ha entrado en profundidad; por otra parte, se hace cada vez más autónoma y madura: no se limita a proponer los ejercicios de piedad traídos por los evangelizadores, sino que crea otros, con la impronta de la cultura local»²⁵.

e. La Época Contemporánea

«Al comienzo del siglo XX el Papa san Pío X (1903-1914) se propuso acercar a los fieles a la Liturgia, hacerla “popular”. Pensaba que los fieles adquieren el “verdadero espíritu cristiano” bebiendo de “la fuente primera e indispensable, que es la participación activa en los sacrosantos misterios y en la oración pública y solemne de la Iglesia”. Con esto San Pío X contribuyó autorizadamente a afirmar la superioridad objetiva de la Liturgia sobre toda otra forma de piedad; rechazó la confusión entre la piedad popular y la Liturgia e, indirectamente, favoreció la clara distinción entre los dos campos, y abrió el camino que conduciría a una justa comprensión de su relación mutua.

²⁴ Ibid., n.42

²⁵ Ibid.,n. 43



De este modo surgió y se desarrolló, gracias a las aportaciones de hombres eminentes por su ciencia, piedad y pasión eclesial, el movimiento litúrgico, que tuvo un papel notable en la vida de la Iglesia del siglo XX, y en él los Sumos Pontífices han reconocido el aliento del Espíritu. El objetivo último de los que animaron el movimiento litúrgico era de índole pastoral:

Favorecer en los fieles la comprensión, y consiguientemente el amor por la celebración de los sagrados misterios, renovar en ellos la conciencia de pertenecer a un pueblo sacerdotal (cfr. 1 Pe 2,5)²⁶.

De la visión lanzada a la historia, nos salta a la vista el camino de continuidad y discontinuidad, relación y tensión que se dan entre la liturgia y la piedad popular, de manera extraordinaria el Directorio concluye ese recorrido histórico diciendo:

«La historia muestra, ante todo, que la relación entre Liturgia y piedad popular se deteriora cuando en los fieles se debilita la conciencia de algunos valores esenciales de la misma Liturgia. Entre las causas de este debilitamiento se pueden señalar:

- Escasa conciencia o disminución del sentido de la Pascua y del lugar central que ocupa en la historia de la salvación, de la cual la Liturgia cristiana es actualización; donde esto sucede los fieles orientan su piedad, casi de manera inevitable, sin tener cuenta de la “jerarquía de las verdades”, hacia otros episodios salvíficos de la vida de Cristo y hacia la Virgen Santísima, los Ángeles y los Santos;
- Pérdida del sentido del sacerdocio universal en virtud del cual los fieles están habilitados para “ofrecer sacrificios agradables a Dios, por medio de Jesucristo” (1 Pe 2,5; cfr. Rom 12,1) y a participar plenamente, según su condición, en el culto de la Iglesia; este debilitamiento, acompañado con frecuencia por el fenómeno de una Liturgia llevada por clérigos, incluso en las partes que no son propias de los ministros sagrados, da lugar a que a veces los fieles se orienten hacia la práctica de los ejercicios de piedad, en los cuales se consideran participantes activos;

²⁶ Ibid., n. 46

- El desconocimiento del lenguaje propio de la Liturgia - el lenguaje, los signos, los símbolos, los gestos rituales...-, por los cuales los fieles pierden en gran medida el sentido de la celebración. Esto puede producir en ellos el sentirse extraños a la celebración litúrgica; de este modo tienden fácilmente a preferir los ejercicios de piedad, cuyo lenguaje es más conforme a su formación cultural, o las devociones particulares, que responden más a las exigencias y situaciones concretas de la vida cotidiana»²⁷.

Después de la Constitución *Sacrosantum Concilium* la relación entre Liturgia y piedad popular, no puede plantearse ni entenderse en términos de oposición, pero tampoco de equiparación o de sustitución.

Las conferencias del Episcopado Latinoamericano, nos darán algunos criterios de cómo se entienden estas relaciones desde lo que llamo el Beato Juan Pablo II: El Continente de la Esperanza.

V. ¿Cómo se entiende la relación entre la Liturgia y la Piedad Popular en las cinco Conferencias del CELAM?

a. *Rio de Janeiro (1955)*

Una de las primeras afirmaciones que encontramos en la Primera Conferencia del CELAM reunida en Río de Janeiro, no habla en sus comienzos directamente sobre la piedad popular, sino de la “piedad que debe inculcarse en los futuros sacerdotes, dando entender que existen otras formas de piedad que han de evitarse en la formación sacerdotal:

“c) se forme a la los seminaristas, muy solícitamente, en una piedad sólida, exenta de toda sensiblería, ajena a cualquier especie de falso y peligroso misticismo...”²⁸.

Pero cuando se llega al tema de la formación en las parroquias, se ve claramente como los Obispos acentúan la «formación sólida»,

²⁷ Ibid., n. 48

²⁸ RÍO DE JANEIRO, MEDELLÍN, PUEBLA, SANTO DOMINGO, Las 4 Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, CELAM, Colombia, Quinta Edición, Río de Janeiro, n.14. p.32



dando privilegio a la celebración de los sacramentos y haciendo una fuerte advertencia a los párrocos:

“1. Procuren santificar:

d) con la intensificación de la vida litúrgica y de las genuinas formas de piedad y devoción cristianas, cuidando celosamente de retraer a los fieles de cualquier práctica o manifestación supersticiosa”²⁹.

De estas advertencias hay un merecido reconocimiento de la piedad mariana, es más, los obispos hacen un reconocimiento y un llamado claro en defensa de esta arraigada forma de piedad: “que se aproveche, como arma preciosísima de la fe, la piedad arraigada, intensa y filial del pueblo latinoamericano a la Virgen Santísima, venerada bajo las diversas advocaciones propias de cada región”³⁰.

b. Medellín (1968)

La II Conferencia del CELAM está viviendo la época en que la inmensa mayoría de pueblos latinoamericanos están bajo dictaduras y enfrentamientos de guerrillas. Desde su mensaje Inaugural los obispos dejan ver que esta es su preocupación, hasta el punto que su primer tema fue La Promoción Humana y el tema de la Justicia, pero eso no les impidió hablar sobre la piedad popular, que ellos llaman «religiosidad popular» aunque ya hemos citado la diferencia entre una y otra según el Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia. A pesar que los obispos reconocerán los elementos positivos de la «religiosidad popular» no dejan de mostrar su recelo y señalar primeramente sus errores.

«Hasta ahora se ha contado principalmente con una pastoral de conservación, basada en una sacramentalización con poco énfasis en una previa evangelización. (...) Hoy las transformaciones del continente exigen una transformación de esa pastoral...»³¹.

«La expresión religiosidad popular es fruto de una evangelización realizada desde el tiempo de la conquista, con características espe-

²⁹ RÍO DE JANEIRO, MEDELLÍN, PUEBLA, SANTO DOMINGO, Las 4 Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, CELAM, Colombia, Quinta Edición, Medellín, n. 56, p.52

³⁰ Ibid., n. 70. b, p. 63

³¹ Ibid., n.1. p. 167

ciales. Es una religiosidad de votos y promesas, de peregrinaciones y sinnúmero de devociones, basada en la recepción de los sacramentos, especialmente del bautismo y de la primera comunión, recepción que tiene más bien repercusiones sociales que un verdadero influjo que en el ejercicio de la vida cristiana»³².

«Se advierte en la expresión de la religiosidad popular una enorme reserva de virtudes auténticamente cristianas, especialmente en orden a la caridad, aun cuando muestre deficiencias su conducta moral. Su participación en la vida cultural oficial es casi nula y su adhesión a la organización de la Iglesia es muy escasa. Esta religiosidad, más bien de tipo cósmico, en la que Dios es respuesta a todas las incógnitas y necesidades del hombre, puede entrar en crisis, y de hecho ya ha comenzado a entrar, con el conocimiento científico del mundo que nos rodea.

Esta religiosidad pone a la Iglesia ante el dilema de continuar siendo Iglesia universal o de convertirse en secta, al no incorporar vitalmente a sí, a aquellos hombres que se expresan con ese tipo de religiosidad. Por ser Iglesia, y no secta, deberá ofrecer su mensaje de salvación a todos los hombres, corriendo quizás el riesgo de que no todos lo acepten del mismo modo y en la misma intensidad. Los grados de pertenencia en toda sociedad humana son diversos; las lealtades, el sentido de solidaridad, no se expresan siempre del mismo modo. En efecto, los distintos grupos de personas captan de modo diverso los objetivos de la organización y responden de distintas maneras a los valores y normas que el grupo profesa. Por otra parte la sociedad contemporánea manifiesta una tendencia aparentemente contradictoria; una inclinación a las expresiones masivas en el comportamiento humano y, simultáneamente, como una reacción, una tendencia hacia las pequeñas comunidades donde pueden realizarse como personas. Desde el punto de vista de la vivencia religiosa sabemos que no todos los hombres aceptan y viven el mensaje religioso de la misma manera. Aun a nivel personal, un mismo hombre experimenta etapas distintas en su respuesta a Dios y, a nivel social, no todos manifiestan su religiosidad ni su fe de un modo unívoco. El pueblo necesita expresar su fe de un modo simple, emocional, colectivo»³³.

³² Ibid., n.2, p.168

³³ Ibid, nn. 2-3. p. 168



«Al enjuiciar la religiosidad popular no podemos partir de una interpretación cultural occidentalizada, propia de las clases media y alta urbanas, sino del significado que esa religiosidad tiene en el contexto de la subcultura de los grupos rurales y urbanos marginados. Sus expresiones pueden estar deformadas y mezcladas en cierta medida con un patrimonio religioso ancestral, donde la tradición ejerce un poder casi tiránico; tienen el peligro de ser fácilmente influidas por prácticas mágicas y supersticiones que revelan un carácter más bien utilitario y un cierto temor a lo divino, que necesitan de la intercesión de seres más próximos al hombre y de expresiones más plásticas y concretas. Esas manifestaciones religiosas pueden ser, sin embargo, balbucesos de una auténtica religiosidad, expresada con los elementos culturales de que se dispone. En el fenómeno religioso existen motivaciones distintas que, por ser humanas, son mixtas, y pueden responder a deseos de seguridad, contingencia, importancia, y simultáneamente a necesidad de adoración, gratitud hacia el Ser Supremo. Motivaciones que se plasman y expresan en símbolos diversos. La fe llega al hombre envuelta siempre en un lenguaje cultural y por eso en la religiosidad natural pueden encontrarse gérmenes de un llamado de Dios.

En su camino hacia Dios, el hombre contemporáneo se encuentra en diversas situaciones, Esto reclama de la Iglesia, por una parte, una adaptación de su mensaje y por lo tanto diversos modos de expresión en la presentación del mismo. Por otra, exige a cada hombre, en la medida de lo posible, una aceptación más personal y comunitaria del mensaje de la revelación»³⁴.

Los obispos en Medellín dieron unos criterios teológicos que entrelazan constataciones y recomendaciones, para una pastoral de la “religiosidad popular”.

«Una pastoral popular se puede basar en los criterios teológicos que a continuación se enuncian. La fe, y por consiguiente la Iglesia, se siembran y crecen en la religiosidad culturalmente diversificada de los pueblos. Esta fe, aunque imperfecta, puede hallarse aún en los niveles culturales más bajos. Corresponden precisamente a la tarea evangelizadora de la Iglesia descubrir en esa religiosidad la “secreta presencia de Dios”:

³⁴ Ibid., n.4. p.169

1. el “destello de verdad que ilumina a todos”,
2. la luz del Verbo, presente ya antes de la encarnación o de la predicación apostólica, y hacer fructificar esa simiente. Sin romper la caña quebrada y sin extinguir la mecha humeante,
3. la Iglesia acepta con gozo y respeto, purifica e incorpora al orden de la fe, los diversos “elementos religiosos y humanos”,
4. que se encuentran ocultos en esa religiosidad como “semillas del Verbo”,
5. y que constituyen o pueden constituir una “preparación evangélica”.
6. Los hombres se adhieren a la fe y participan en la Iglesia en diversos niveles.

No se ha de suponer fácilmente la existencia de la fe detrás de cualquier expresión religiosa aparentemente cristiana. Tampoco ha de negarse arbitrariamente el carácter de verdadera adhesión creyente y de participación eclesial real, aun cuando débil, a toda expresión que manifieste elementos espúreos o motivaciones temporales, aun egoístas. En efecto, la fe, como acto de una humanidad peregrina en el tiempo, se ve mezclada en la imperfección de motivaciones mixtas. Es igualmente propio de la fe, aún incipiente y débil, un dinamismo y una exigencia que la llevan a superar constantemente sus motivaciones inauténticas para afirmarse en otras más auténticas. Pertenece, pues, al acto de fe, bajo el impulso del Espíritu Santo, aquel dinamismo interior por el que tiende constantemente a perfeccionar el momento de apropiación salvífica convirtiéndolo en acto de donación y entrega absoluta de sí. Por consiguiente, la Iglesia de América Latina, lejos de quedar tranquila con la idea de que el pueblo en su conjunto posee ya la fe, y de estar satisfecha con la tarea de conservar la fe del pueblo en sus niveles inferiores, débiles y amenazados, se propone y establece seguir una línea de pedagogía pastoral que:

- a. Asegure una seria re-evangelización de las diversas áreas humanas del continente;
- b. Promueva constantemente una re-conversión y una educación de nuestro pueblo en la fe a niveles cada vez más profundos y maduros, siguiendo el criterio de una pastoral dinámica que, en consonancia con la naturaleza de la fe, impulse al



pueblo creyente hacia la doble dimensión personalizante y comunitaria. Según la voluntad de Dios los hombres deben santificarse y salvarse no individualmente, sino constituidos en comunidad.

7. Esta comunidad es convocada y congregada en primer lugar por el anuncio de la Palabra del Dios vivo.
8. Sin embargo, “no se edifica ninguna comunidad cristiana si ella no tiene por raíz y quicio la celebración de la Santísima Eucaristía”,
9. “mediante la cual la Iglesia continuamente vive y crece”»³⁵.

En definitiva, todo se corrige con una formación bíblica, litúrgica y catequética. Es obvio que el recelo frente a la piedad popular, llamada en todo el documento “religiosidad popular”, muestra una tensión que no es nueva pero que tampoco responde a la manera en que debía ponerse en práctica el Concilio Vaticano II.

c. Puebla (1979)

Las circunstancias cambian no tan rápido como la asimilación de los mismos, pero Puebla habla con claridad de la “piedad popular” que junto con la oración «presente en el alma de nuestros pueblos y constituyen valores de evangelización”³⁶.

Al hablar de la Evangelización y la “religiosidad popular” de los números 444 al 453 los obispos afirman:

444. “Por religión del pueblo, religiosidad popular o piedad popular, entendemos el conjunto de hondas creencias selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan. Se trata de la forma o de la existencia cultural que la religión adopta en un pueblo determinado. La religión del pueblo latinoamericano, en su forma cultural más característica, es expresión de la fe católica. Es un catolicismo popular.

³⁵ Ibid., nn. 5-9. P. 169-171

³⁶ RÍO DE JANEIRO, MEDELLÍN, PUEBLA, SANTO DOMINGO, Las 4 Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, CELAM, Colombia, Quinta Edición, Puebla, n.895. p.503

445. Con deficiencias y a pesar del pecado siempre presente, la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina, marcando su identidad histórica esencial y constituyéndose en la matriz cultural del continente, de la cual nacieron los nuevos pueblos.

446. El Evangelio encarnado en nuestros pueblos los congrega en una originalidad histórica cultural que llamamos América Latina. Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe que se yergue al inicio de la Evangelización.

447. Esta religión del pueblo es vivida preferentemente por los «pobres y sencillos» (EN 48), pero abarca todos los sectores sociales y es, a veces, uno de los pocos vínculos que reúne a los hombres en nuestras naciones políticamente tan divididas. Eso sí, debe sostenerse que esa unidad contiene diversidades múltiples según los grupos sociales, étnicos e, incluso, las generaciones.

448. La religiosidad del pueblo, en su núcleo, es un acervo de valores que responde con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia. La sapiencia popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así conlleva creadoramente lo divino y lo humano; Cristo y María, espíritu y cuerpo; comunión e institución; persona y comunidad; fe y patria, inteligencia y afecto. Esa sabiduría es un humanismo cristiano que afirma radicalmente la dignidad de toda persona como hijo de Dios, establece una fraternidad fundamental, enseña a encontrar la naturaleza y a comprender el trabajo y proporciona las razones para la alegría y el humor, aun en medio de una vida muy dura. Esa sabiduría es también para el pueblo un principio de discernimiento, un instinto evangélico por el que capta espontáneamente cuándo se sirve en la Iglesia al Evangelio y cuándo se lo vacía y asfixia con otros intereses (Juan Pablo II, Discurso inaugural III 6: AAS 71 p. 213).

449. Porque esta realidad cultural abarca muy amplios sectores sociales, la religión del pueblo tiene la capacidad de congrega multitudes. Por eso, en el ámbito de la piedad popular la Iglesia cumple con su imperativo de universalidad. En efecto, «sabiendo que el mensaje no está reservado a un pequeño grupo de iniciados, de privilegiados, o elegidos, sino que está destinado a todos» (EN 57), la Iglesia logra esa amplitud de convocación de las muchedumbres en los santuarios y en las fiestas religiosas. Allí el



mensaje evangélico tiene oportunidad, no siempre aprovechada pastoralmente, de llegar «al corazón de las masas» (ibid.).

450. La religiosidad popular no solamente es objeto de evangelización, sino que, en cuanto contiene encarnada la Palabra de Dios, es una forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo.

451. Esta piedad popular católica, en América Latina, no ha llegado a impregnar adecuadamente o aún no ha logrado la evangelización en algunos grupos culturales autóctonos o de origen africano, que por su parte poseen riquísimos valores y guardan «semillas del Verbo» en espera de la Palabra viva.

452. La religiosidad popular si bien sella la cultura de América Latina, no se ha expresado suficientemente en la organización de nuestras sociedades y estados. Por ello deja un espacio para lo que S.S. Juan Pablo II ha vuelto a denominar «estructuras de pecado» (Juan Pablo II, Homilía Zapopán 3: AAS 71 p. 230). Así la brecha entre ricos y pobres, la situación de amenaza que viven los más débiles, las injusticias, las postergaciones y sometimientos indignos que sufren, contradicen radicalmente los valores de dignidad personal y hermandad solidaria. Valores estos que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio. De ahí que la religiosidad del pueblo latinoamericano se convierta muchas veces en un clamor por una verdadera liberación. Ésta es una exigencia aún no satisfecha. Por su parte, el pueblo, movido por esta religiosidad, crea o utiliza dentro de sí, en su convivencia más estrecha, algunos espacios para ejercer la fraternidad, por ejemplo: el barrio, la aldea, el sindicato, el deporte. Y entre tanto, no desespera, aguarda confiadamente y con astucia los momentos oportunos para avanzar en su liberación tan ansiada.

453. Por falta de atención de los agentes de pastoral y por otros complejos factores, la religión del pueblo muestra en ciertos casos signos de desgaste y deformación: aparecen sustitutos aberrantes y sincretismos regresivos. Además, se ciernen en algunas partes sobre ella serias y extrañas amenazas que se presentan exacerbando la fantasía con tonos apocalípticos»³⁷.

³⁷ RÍO DE JANEIRO, MEDELLÍN, PUEBLA, SANTO DOMINGO, Las 4 Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, CELAM, Colombia, Quinta Edición, Puebla, nn.444-453. Pgs. 412-415



Puebla sintetiza lo negativo que ve en la “religiosidad popular” al agruparlos en dos números:

a. La religión popular latinoamericana sufre, desde hace tiempo, por el divorcio entre élites y pueblo. Eso significa que le falta educación, catequesis y dinamismo, debido a la carencia de una adecuada pastoral.

b. Los aspectos negativos son de diverso origen. De tipo ancestral: superstición, magia, fatalismo, idolatría del poder, fetichismo y ritualismo. Por deformación de la catequesis: arcaísmo estático, falta de información e ignorancia, reinterpretación sincretista, reduccionismo de la fe a un mero contrato en la relación con Dios. Amenazas: secularismo difundido por los medios de comunicación social; consumismo; sectas; religiones orientales y agnósticas; manipulaciones ideológicas, económicas, sociales y políticas; mesianismos políticos secularizados; desarraigo y proletarización urbana a consecuencia del cambio cultural. Podemos afirmar que muchos de estos fenómenos son verdaderos obstáculos para la Evangelización»³⁸.

«Como elementos positivos de la piedad popular se pueden señalar: la presencia trinitaria que se percibe en devociones y en iconografías, el sentido de la providencia de Dios Padre; Cristo, celebrado en su misterio de Encarnación (Navidad, el Niño), en su Crucifixión, en la Eucaristía y en la devoción al Sagrado Corazón; amor a María: Ella y «sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular» (Juan Pablo II, Homilía Zapopán 2: AAS 71 p. 228), venerada como Madre Inmaculada de Dios y de los hombres, como Reina de nuestros distintos países y del continente entero; los santos, como protectores; los difuntos; la conciencia de dignidad personal y la fraternidad solidaria; la conciencia de pecado y de necesidad de expiación; la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos (canto, imágenes, gesto, color, danza); la Fe situada en el tiempo (fiestas) y en lugares (santuarios y templos); la sensibilidad hacia la peregrinación como símbolo de la existencia humana y cristiana, el respeto filial a los pastores como representantes de Dios; la capacidad de celebrar la fe en forma expresiva y comunitaria; la integración honda de los sacramentos y sacramentales en la

³⁸ Ibid., nn. 455-456. Pgs. 415-416.



vida personal y social; el afecto cálido por la persona del Santo Padre; la capacidad de sufrimiento y heroísmo para sobrellevar las pruebas y confesar la fe; el valor de la oración; la aceptación de los demás»³⁹.

Con una sensibilidad de Pastores, los obispos dan una clara directriz de cómo encauzar a la “religión del pueblo”, que llena de valores, aunque no carente de sombras, ha configurado la fisonomía de nuestro continente.

«Como toda la Iglesia, la religión del pueblo debe ser evangelizada siempre de nuevo. En América Latina, después de casi 500 años de la predicación del Evangelio y del bautismo generalizado de sus habitantes, esta evangelización ha de apelar a la «memoria cristiana de nuestros pueblos». Será una labor de pedagogía pastoral, en la que el catolicismo popular sea asumido, purificado, completado y dinamizado por el Evangelio. Esto implica en la práctica, reanudar un diálogo pedagógico, a partir de los últimos eslabones que los evangelizadores de antaño dejaron en el corazón de nuestro pueblo. Para ello se requiere conocer los símbolos, el lenguaje silencioso, no verbal, del pueblo, con el fin de lograr, en un diálogo vital, comunicar la Buena Nueva mediante un proceso de reinformación catequética. Los agentes de la evangelización, con la luz del Espíritu Santo y llenos de «caridad pastoral», sabrán desarrollar la «pedagogía de la evangelización» (EN 48). Esto exige, antes que todo, amor y cercanía al pueblo, ser prudentes y firmes, constantes y audaces para educar esa preciosa fe, algunas veces tan debilitada. Las formas concretas y los procesos pastorales deberán evaluarse según esos criterios característicos del Evangelio vivido en la Iglesia, todo debe hacer a los bautizados más hijos en el Hijo, más hermanos en la Iglesia, más responsablemente misioneros para extender el reino. En esa dirección ha de madurar la religión del pueblo»⁴⁰.

d. Santo Domingo (1992)

Los obispos reunidos en Santo Domingo hablan positivamente de la religiosidad popular sin dejar de ver los peligros que encierra:

³⁹ Ibid., n. 454, p.415

⁴⁰ Ibid., nn.457-459. Pgs. 415-416



«La religiosidad popular es una expresión privilegiada de la inculturación de la fe. No se trata sólo de expresiones religiosas sino también de valores, criterios, conductas y actitudes que nacen del dogma católico y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo, formando su matriz cultural. Esta celebración de la fe, tan importante en la vida de la Iglesia de América Latina y el Caribe, está presente en nuestra preocupación pastoral. Las palabras de Pablo VI (cf. EN 48), recibidas y desarrolladas por la Conferencia de Puebla en propuestas claras, son aún hoy válidas (cf. DP 444ss). Es necesario que reafirmemos nuestro propósito de continuar los esfuerzos por comprender cada vez mejor y acompañar con actitudes pastorales las maneras de sentir y vivir, comprender y expresar el misterio de Dios y de Cristo por parte de nuestros pueblos, para que purificadas de sus posibles limitaciones y desviaciones lleguen a encontrar su lugar propio en nuestras Iglesias locales y en su acción pastoral»⁴¹. Nos queda poco espacio y debemos decir algo de Aparecida.

e. *Aparecida (2007)*

Desde el discurso inaugural del Papa Benedicto XVI, en el n.12 la piedad popular aparece no como amenaza que acecha y arriesga la liturgia, sino que Cuando Aparecida habla de Piedad Popular lo hace desde la referencia a los lugares de encuentro con Jesucristo. Frente a la pregunta: “¿Dónde te encontraremos, Señor?” «Se muestra la Piedad Popular como un lugar propio para este encuentro. Se muestra como un espacio donde se vive este encuentro, tanto en dinámica personal como comunitaria»⁴². Esta ubicación en el conjunto del documento le otorga a la Piedad Popular un lugar de importancia en la búsqueda y anuncio del Kerygma y el gozo del mismo Evangelio que se produce en el encuentro con Jesucristo. Ella es vista como «un precioso tesoro de la Iglesia Católica en América Latina, que Benedicto XVI llamó a «promover y proteger en su discurso inaugural»⁴³.

⁴¹ RÍO DE JANEIRO, MEDELLÍN, PUEBLA, SANTO DOMINGO, Las 4 Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, CELAM, Colombia, Quinta Edición, Santo Domingo, n.36. p. 646

⁴² V CONFERENCIA DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO., APARECIDA, CELAM, Colombia, nn. 258-265. pgs. 122-126

⁴³ Ibid., n.1, p.255



VI. Piedad Popular tesoro que proteger y lugar de encuentro

Tuvo que ser un Papa presidiendo la primera Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizado por vez primera en el sótano del concurrido santuario Mariano de Aparecida, Brasil quien dijera que “la sabiduría de los pueblos originarios les llevo afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y fe cristiana que los misioneros les ofrecían. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos:

(...) Esta religiosidad se expresa en la devoción a los santos en sus fiestas patronales, en el amor al Papa y a los demás pastores etc...”⁴⁴.

La piedad popular es “lugar de encuentro con Jesucristo”. Como no notarlo en liturgia de Semana Santa, con las peregrinaciones a los santuarios, unidos a las muestras de penitencia, los ayunos y que llegados a la Semana Mayor, junto a la liturgia del Domingo de Ramos con la procesión de Palmas y Jesús montado en la Burrita, pasando por la celebración del Triduo Pascual, se unen: la adoración eucarística, la procesión del silencio, de la Virgen Dolorosa y San Juan, el vía crucis con las dramatizaciones de la pasión y del resucitado y del encuentro, en una clara integración entre liturgia y piedad popular que confirman que estas expresiones “merecen nuestro respeto y cariño” pues son expresiones de la fe católica.

VII. Conclusión

A los largo de los siglos, como hemos visto, no siempre se ha vivido una relación similar entre la liturgia y la piedad popular. El recorrido histórico nos mostró de acuerdo a los cambios sociales y las progresivas compresiones del misterio cristiano y la forma en que se configuraba; la forma no sólo de comprenderlo y exponerlo, sino de celebrarlo, se vivía una relación de cercanía o lejanía entre la Liturgia oficial y la fe del pueblo.

⁴⁴ Ibid., n. 1 p. 255



La constante es que el pueblo nunca dejó de creer y el Espíritu en tiempos de crisis, herejías, cismas, mantenía unida y viva la fe a través de prácticas de piedad que incluso favorecieron la sobrevivencia de la fe y acompañó a la evangelización de naciones y nuevos continentes, favoreciéndola en vez de perjudicarla.

Como toda realidad de fe, se necesita de la cercanía de los pastores para acompañar, iluminar, ayudar a discernir y purificar donde fuera necesario.

En Aparecida se reflejó un impulso novedoso que abrió un camino para los que anhelamos ser discípulos y misioneros. Impregnado de esa voluntad del Episcopado Latinoamericano, en la Sede de Pedro, un hijo de este continente, está, con gestos y palabras, llevando al mundo la riqueza de una Iglesia comprometida a vivir bajo el impulso del Espíritu, encontrándose con Cristo y llevándolo a todos los hombres.

Bibliografía consultada

CONCILIO VATICANO II, Constitución Dogmática *Gaudium et Spes*, BAC, Madrid, Tercera Edición.

CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia, Principios y Orientaciones, Editorial, Vaticana 2002.

J.A. ABAD - M. GUARRIDO BONAÑO, *Iniciación a la liturgia de la Iglesia*, PALABRA, Madrid, 1997, Segunda Edición.

Juan Pablo II, *Mensaje de Su Santidad JUAN PABLO II a la Asamblea Plenaria de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos*, 21.11.01

Juan Pablo II, Carta Apostólica *Vicesimus Quintus Annus*, Editorial Vaticana, 1988.

JOSEPH GEVAERT, El Problema del Hombre, *Introducción a la antropología filosófica*, SÍGUEME, SALAMANCA, 2003, Decimotercera Edición.



III CONFERENCIAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, PUEBLA, Trípode, Caracas, 1979, Sexta Edición.

RIO DE JANEIRO, MEDELLIN, PUEBLA, SANTO DOMINGO, Las 4 Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano, CELAM, Colombia, Quinta Edición

V CONFERENCIA DEL EPISCOPADO LATINO AMERICANO., APARECIDA, CELAM, Colombia, Primera Edición.